HOMENAJE AL Dr. GARCIA LAGOS

Palabras del Dr. Víctor Armand Ugón

La reunión de esta noche — aunque se realiza con la habitual intimidad de nuestras sesiones científicas — tiene la solemnidad y el recogimiento que surge por el motivo de honrar la memoria de un ilustre maestro, el Dr. Horacio García Lagos — cuya desaparición enluta a la Sociedad de Cirugía y a toda la Medicina uruguaya.

Horacio García Lagos fue un gran señor que supo crear un hogar de alto relieve social y cultural — lo que no le impidió ser figura consular en nuestro Arte — aunando de esa manera, las tres más altas cualidades de un hombre: CIUDADANO, PADRE, MAESTRO.

Fue un gran señor — de una silueta digna y grave — con una permanente prestancia y distinción en su vida — que no era fruto de amaneramiento sino la natural distinción y dignidad que provenía de una fina educación y de cultivado espíritu.

Para él la Cirugía era una manifestación superior de la cultura — incompatible con la chabacanería de una mediocridad — y para dignificar su oficio creía que antes que nada el cirujano debía ser un caballero.

Pero este gentleman — que para quienes no lo conocían parecía algo frío y distante — amaba la vida simple y sencilla — con afectuosidad pero sin sensiblerías —; le gustaba la vida de familia, las tertulias en el rancho de Carrasco; con los familiares, con el círculo de sus amigos o congregando a sus discípulos.

Su natural era noble, su carácter suave y educado; pero no le faltó ni entereza ni energía para defender principios e ideas ni para castigar la mala conducta y juzgar con severidad sucesos y hombres.

En 1943 García Lagos renunció a su Cátedra de Clínica Quirúrgica, prefirió descender con honor y no caer con adocenamiento, supo enseñar que hay una edad después de la cual es difícil aprender algo nuevo o adaptarse a técnicas nacientes, como tenía muy alta conciencia de su responsabilidad de cirujano y

profesor pensó que la hora llegaba de pasar la antorcha a hombres más jóvenes para que se esforzaran en ahondar el surco, que durante treinta años de rudo magisterio, había trazado con robusta mano.

Continuó en el retiro de su finca ribereña la vida de un Patriarca; no se desinteresó de la cirugía y gustaba realizar reuniones periódicas con sus discípulos entreteniéndose de las cosas de nuestro Arte, de los acontecimientos que jalonan nuestra profesión y así — no hace un año aún — presidía con indisimulada emoción el Ateneo que en su honor realizaba la Clínica que dirige el Dr. Eduardo Palma y, a los 84 años, aportaba en la discusión útiles y oportunas sugerencias.

Frente al amplio “green” que enmarcaba su casa de campo, rodeado de hermosas arboledas, con el mar en el horizonte, en un paisaje de hermosísima belleza (que sus ojos apagados por cataratas ya no podían deleitarse en su contemplación), que había creado con su valerosa esposa, tuvimos la profunda emoción de escuchar de sus labios cuanto esfuerzo exige la cirugía, pero cómo llena una vida de quien aspira a superarse, y lo vimos viendo la serena y majestuosa ancianidad del patricio.

La cirugía es un arte indisolublemente legado a la personalidad del artista; poco queda de estos grandes operadores cuando el bisturí ha caído de sus manos; pero la cirugía también es ciencia en perpetuo devenir, enloquecida por la “tormenta del progreso”, quizá construya a menudo sobre la arena: la verdad de ayer no será la de hoy; y lo que un día fue novedad, mañana aparentará ser un envejecido ensueño.

Pero hay algo en esta Ciencia y en este Arte que permanece: cuando un hombre como don Horacio García Lagos, por la paciencia de un ininterrumpido esfuerzo, por la sagacidad de su observación clínica, por la penetración de su razonamiento, ha sabido “iluminar” la enfermedad que aqueja a su enfermo y transmitir ese conocimiento a jóvenes generaciones, su obra resistirá al tiempo. Muchas de sus descripciones clínicas, variados procedimientos operatorios, apuntados en rígida experiencia, son verdades llenas de sugerencias y posibilidades que han creado una etapa útil en la historia de nuestra Cirugía, como resaltara de las comunicaciones de sus discípulos, a quienes paso la palabra.